

# REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo XLVI

San José, Costa Rica

1950

Jueves 20 de Abril

No. 9

Año XXX — No. 1108

"Maestro del Libertador" llama la historia al fantástico don Simón Rodríguez, apellido éste que fué el de su madre, según parece. Nacido en Caracas en 1771, se sabe de su modesta vida en casa de los Palacios y Blanco, tíos de Bolívar, por carta del abuelo don Feliciano a su hijo Esteban, residente a la sazón en España (año 1792), en uno de cuyos párrafos dícele así:

"Te incluyo una lista para que me compres y remitas los libros que contiene tomando el dinero que necesites para ello de Iriarte (el comisionista de la familia). Estos son para el amanuense que me escribe, que es don Simón, el hermano de Cayetanito Carreño; es hombre muy de bien y de bastante habilidad para llevar mis asuntos y cuentas con descanso nio".

Según autores responsables, el propio interesado aseguraba "no haber conocido a su padre, pero que en cambio había conocido a un fraile que visitaba a su madre". Bastardo fué, por lo tanto, y a causa de cualquier herida que sufrió en su amor propio, cambiósse el apellido Carreño por el de Rodríguez; y en 1797 abandonó para siempre a Venezuela, rumbo a la Isla de Jamaica.

Es indudable que el estudioso amanuense de don Feliciano Palacios y Sojo, enseñó las primeras letras al futuro Libertador, pero "jamás parece haber sido su maestro en el sentido riguroso de esta palabra, es decir, el hombre que dedica a su discípulo algunas horas de enseñanza metódica y monótona de varias materias". A pesar de esto, no puede negarse que Carreño-Rodríguez ejerció incontrastable influencia sobre el joven Bolívar, puesto que cuando volvieron a encontrarse en París, siete años después, aquél contagiósse de enfermizo romanticismo y los dos emprendieron el histórico y enloquecido viaje a pie por Italia, que culminó en el abandono que del maestro hizo el discípulo en la ciudad de Roma.

Refiriéndose a esta época (1805), Tomás Rourke escribe las siguientes palabras: "Simón Carreño o Rodríguez o Samuel Robinson —que todos estos nombres usó a capricho de su fantasía— fué un no conformista constitucional, un intelectual medio chiflado, que llevaba una existencia semivagabunda, en condición desastrada a veces, pronunciando citas de los filósofos romanos y griegos y llevando siempre en su bolsillo un ejemplar del *Emilio*, de Juan Jacobo Rousseau. "Es el único libro —decía— que constituirá en cualquier período de tu vida, toda tu biblioteca".

Después de la separación de Roma, don Simón Rodríguez, dirigióse a Rusia, en donde sus pasos se pierden en medio de las más confusas aventuras; hasta 18 años más tarde, hacia los últimos días de 1823, aparece en Bogotá, dizque con el propósito de prestarle sus servicios a la naciente República. Súpolo Bolívar, y desde Pativilca, escribióssele nobilísima carta, de la cual merecen destacarse las siguientes frases:

"Usted, maestro mío, cuánto debe haber-

## La curiosa vida de Don SIMÓN RODRÍGUEZ

Por Camilo PARDO UMAÑA

(En *El Tiempo* de Bogotá, 28 de noviembre de 1948).



Don Simón Rodríguez

me contemplado de cerca aunque colocado a tan remota distancia. Con qué avidez habrá seguido usted mis pasos; estos pasos dirigidos muy anticipadamente por usted mismo. Usted tornó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló. Usted fué mi piloto aunque sentado sobre una de las playas de Europa. No puede usted figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que usted me ha dado; no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado. Siempre presentes a mis ojos intelectuales las he seguido como guías infalibles. En fin, ha visto mi conducta; usted ha visto mis pensamientos escritos, mi alma pintada en el papel, y usted no habrá dejado de decirse: Todo esto es mío, yo sembré esta planta, yo la regué, yo la enderecé tierna, ahora robusta, fuerte y fructífera, he aquí sus frutos; ellos son míos, yo voy a saborearlos en el jardín que planté; voy a gozar de la sombra de sus brazos amigos, porque mi derecho es imprescriptible, privativo a todo".

Y no contento con esto el Libertador ordenó al Vicepresidente, General Santander, que le auxiliara económicamente y que le enviara a su lado. "Empéñese usted porque se venga —decíale al "Hombre de las Leyes", desde Huamachuco, el 6 de mayo de 1824— en lo que me hará usted un gran servicio por-

que este hombre es muy agradable y, al mismo tiempo, puede serme muy útil. El es un maestro que enseña divirtiendo y es un amanuense que da preceptos a su dictante. El es todo para mí. Cuando yo le conocía valía infinito. Mucho debe haber cambiado, para que yo me engañe. Gire usted contra mí el dinero que le dé y mándelo. Yo tengo necesidad de satisfacer estas pasiones, ya que las ilusiones de mi juventud se han apagado. En lugar de una amante, quiero tener a mi lado un filósofo; pues en el día, yo prefiero a Sócrates a la hermosa Aspasia".

Es curioso anotar que pocas horas más tarde entró el Libertador en Huaylas, en donde conoció a la encantadora Manolita Madroño, quien le hizo olvidar con sus encantos — aunque por corto tiempo— no tan sólo del maestro filósofo, sino también a Manuelita Sáenz, quien habíase quedado rezagada en Huamachuco.

Muy posible es que don Simón Rodríguez viajara a Lima con la división del general Valero y es casi seguro que de la Ciudad de los Reyes del Perú se trasladó a Chuquisaca en compañía de Manuelita Sáenz y de la madre de ésta, doña María de Aispuru. Una vez en esta ciudad boliviana estableció nuestro héroe la llamada Escuela Modelo, en cuyas aulas enseñaba anatomía paseándose completamente desnudo por en medio de los discípulos, sistema que, en su concepto, los acostumbraba a familiarizarse con las diversas partes del cuerpo humano. Ya pueden los lectores imaginarse el espectáculo tan grotesco que presentaría el chiflado pedagogo en cueros, viejo, flaco y apergaminado. No es, pues, de extrañar que el plantel modelo fracasara, como bien lo escribió el maestro a Bolívar, en curiosísima carta en que le dice:

"Ya tengo el lomo duro, y si he de decir lo que siento, me gusta tener la culpa para evitarme el trabajo de justificarme; no hay cosa más pesada para mí.

"Mea culpa" el haberme encargado del Hospicio de Bogotá; mea culpa: el haber sido comisario bizcochero; mea máxima culpa: el haberme metido de director de Charcas.

"Sáqueme usted de aquí, enviándome con qué irme: lo que había de haber guardado para mí, lo he gastado con las muchachas, creyendo que hacía bien; no me quejo, porque creo que he hecho bien; y si usted cree lo contrario, será como siempre, mea culpa.

"Aquí no hay un cuartillo; el carpintero francés que enganché en La Paz se ha entendido conmigo, y a mí no más me ocurre; no tengo cosa de valor que vender, y le he dado una orden para que usted le haga pagar en Lima. Hasta la vista.—P. D. El nombre del carpintero es Bautos Simón: qué casualidad. Tres Simones en un negocio. Así irá mi carta